

lujo y grandioso aparato que en acontecimientos semejantes se acostumbraba. Sabían que D. Pedro, cediendo á las repetidas instancias de su ayo y privado D. Juan Alonso de Alburquerque, mas bien que á las inspiraciones de su corazón, se prestara á celebrar unas bodas que le eran odiosas; y le habian visto atravesar con semblante disgustado las calles que guiaban al regio alcázar, en medio de la vistosa comitiva de caballeros y ricos-hombres, que acompañaban á los augustos esposos. Los ánimos se hallaban preocupados con siniestros presagios, y este acontecimiento que en otras circunstancias se hubiera mirado como el principio de una nueva era de felicidad, se consideraba ahora como un fatal anuncio de los males sin cuento que debia traer al reino castellano.

Por desgracia, el pueblo no se engañaba en sus tristes presentimientos, y los funestos sucesos que sobrevinieron, y que vamos á dar á conocer, confirmaron mas tarde la verdad de los anteriores pronósticos.

En una de las camaras mas retiradas del real palacio, y justamente en la época que comenzamos nuestra narracion, dos personas conversaban asomadas á una ventana que daba vista al caudaloso Pisuerga.

Era una de ellas un jóven de elevada estatura, tez blanca, y cuyos blondos cabellos, caían en rizos sobre sus hombros y espaldas, dando un aire de majestad y grandeza á su rostro, de una hermosura varonil. Parecia que un pesar secreto le atormentaba, porque sus ojos, dotados de una mirada viva y escudriñadora, despedían, á veces, un reflejo siniestro y amenazador.

—Ya lo habeis oido, decia en este momento al otro personaje que atentamente le escuchaba; son inútiles vuestras reflexiones, y cansados consejos: esta boda me atormenta: si pude tener un momento de debilidad para doblegarme á los ruegos de mi madre, no me faltará ahora la suficiente energía para dejar burlados sus proyectos.

—Pero, señor, contestó D. Juan Alonso de Alburquerque, pues no era otro el que hablaba con D. Pedro; considerad que Castilla toda espera largos dias de dicha y tranquilidad de este deseado enlace; que los ricos-hombres interpretarán mal la indiferencia con que ya mirais á vuestra esposa, y que nuevos trastornos pueden turbar la tranquilidad del reino.

—¿Y qué me importa, interrumpió resueltamente D. Pedro? ¿qué me importa la tranquilidad de mi reino, cuando se trata de la tranquilidad de mi corazón? Si mis vasallos osasen oponerse á mi régia voluntad, lanzas tengo para hacerles enmudecer, y mis ballesteros sabrian dar buena cuenta del que intentase contradecir mis deseos. Pero, añadió procurando dulcificar su irritado acento; estos son vanos temores, y las córtés de Castilla á quienes solennemente prometí darles una reina, verán que he sabido cumplir mi real palabra, y no pensarán en averiguar de qué modo. Además, que yo conozco demasiado á mis pueblos, y creo que sabrán respetar los motivos que le asisten á su señor, para no dejarse adormecer en los brazos de su amable esposa doña Blanca. Y al pronunciar estas palabras, una desdeñosa sonrisa asomó á sus labios.

—Señor, repuso Alburquerque con el mayor respeto y sumision, sin tratar de oponerme á vuestras soberanas intenciones, permitidme que os diga que la resolucio de V. A. puede traer graves inconvenientes. Conozco harto bien la grandeza de vuestra alma para poder persuadirme de que os harán retroceder en vuestros intentos las ligeras indicaciones que he tenido el honor de hacer; pero reflexionad el estado en que se encuentra Castilla, y que vuestros hermanos y sus parciales verian en vuestra conducta con la reina doña Blanca, un poderoso motivo para inquietaros con nuevas pretensiones.

—¡Ira del cielo! exclamó con furia don Pedro; y su semblante tomó una espresion aterradora de odio y fiereza; ¡por Santiago! que si esos bastardos intentasen promover disensiones en mi reino, yo les haria bien pronto arrepentir de su audacia. Pero esto no puede ser, repuso mas tranquilo. Sin duda vuestro estremado celo, os hace ver peligros donde no existen, ó tal vez llevado de una acrisolada lealtad hácia vuestro rey, os esforzareis en dar un fuerte colorido á los vagos recelos que os pinta vuestra acalorada imaginacion. Desechad, mi buen servidor, vuestros infundados temores; y ya que os he traído á esta retirada estancia para sustraerme de los repugnantes parabienes de esa turba de estúpidos cortesanos, que ven en la maldecida boda el colmo de mi ventura, empleemos estos instantes en conversacion mas grata y que esté mas en armonía con mis afecciones.

—¿Y quién mejor podria proporcionaros este dulce placer que

vuestra esposa? Sus gracias, talento y hermosura, no encuentran rivales.....

—¿Y me hablais de hermosura, de gracias, interrumpió D. Pedro, sin nombrarme la que mi corazón adora? Un profundo suspiro comprimido por algun tiempo se escapó de su pecho, y su acento cada vez mas sentido prosiguió: sí, Alburquerque; en vano tratáis de hacerme olvidar á mi María, la reina de mis pensamientos. ¿Dónde hallar atractivos mas encantadores, mas seductora belleza? ¡Si la hubierais visto cual quedó en el castillo de Montalban esperando mi regreso! ¡Si hubierais visto sus ojos arrasados en lágrimas al despedirse de mí, el temblor convulsivo que se apoderó de ella al estrecharla en mis brazos antes de marchar!!! ¿quereis que permanezca en Valladolid al lado de Blanca, impuntunado por sus lánguidas caricias? No, no: es imposible. Mi dicha mi ventura está en el castillo de Montalvan, y el mundo entero podria detenerme aquí.

Inútiles fueron todos los esfuerzos de la persuasiva empleada por D. Juan Alonso de Alburquerque, para hacer mudar de intento á D. Pedro. Acosado ya por las eficaces razones del privado, y dominando por esta vez la impetuosidad de su carácter orgulloso altivo en demasía, aparentó haberse convencido de las reflexiones que su antiguo ayo le hiciera, y para encontrar menos obstáculos á sus proyectos, le dijo habia mudado de parecer.

Engañado Alburquerque con esta apariencia de conformidad ensalzó en alto grado su resolucio y al retirarse añadió:

—El cielo por fin ha escuchado mis votos, y vuestro enlace á hacer que amanezcan dias mas felices para Castilla.

Y haciendo al rey un profundo acatamiento, se retiró de la regia estancia.

—Imbécil, exclamó D. Pedro apenas salió el privado. Vé á decir á doña Blanca que me resigno al fin; pero mañana al despertar la aurora, si quieres verme, tendrás que hacerlo en el castillo de Montalban.

(Continuará.)

José Maria Espadas y Cárdenas

ANUNCIO.

LA CONSTANCIA.

En el sorteo que se celebró en Madrid el dia 2 del corriente han correspondido á esta sociedad:

En el medio billete número 31,512.....	200 rs.
Y en el idem idem 40,515.....	200
Total rs. vn. 400	

Cuya suma se ha invertido en medio billete de cada uno de los números siguientes, para el de grandes premios de 9 de octubre próximo.

4,729.—13,366.—13,370.—17,465.—17,469.

Lo que se anuncia á los accionistas para su debido conocimiento. Almería 15 de setiembre de 1847.—El sócio director, Maria Alvarez.

SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID.—Ediccion baratísima de MARIA la hija de un jornalero, historia-novela original de D. Wenceslao Ayguals de Izco.

Se han repartido las entregas 29, 30, 31, 32, 33 y 34 de esta obra popular que con tanta energía aboga por las clases trabajadoras, pidiendo proteccion para los menesterosos.

La obra constará de 50 entregas justas de 16 grandes páginas con grabados y el retrato del autor. Cada entrega cuesta solo un real de vellon tanto en Madrid como en las provincias, franco de porte.

Se suscribe en Madrid en la sociedad literaria calle de Leganillos número 47; y en las librerías de Cuesta, Razola, Matute y Montañés en provincias en correos y principales librerías.

Almería: Imp. de D. VICENTE DUOMOVICH, calle de las Tiendas núm. 69